



BOLETIN
MENSUAL

Julio-Agosto 2010
Orden Tercera del Carmen

Ave Stella Maris



*Salve estrella de los mares, luz que iluminas a tus carmelitas durante la noche borrasca de la vida,
Salve Virgen, Novia y Madre.*

Santoral Carmelita de Julio

Beata Maria Crocifissa Curcio, Virgen, Memoria Obligatoria

4 de Julio



La Sierva de Dios Madre M. Crocifissa Curcio nació el 30 de enero de 1887 en Ispica (Rg), Italia. Desde la adolescencia advirtió en sí la llamada a seguir radicalmente a Cristo que, a través de la tierna Madre del Carmelo, le confiaba el proyecto divino de hacer reflorar el Carmelo en su país y en muchos otros. Como todos los santos, también M. Crocifissa para llevar a cabo este proyecto, sufrió grandes pruebas y sufrimientos prolongados por muchísimos años, hasta el encuentro providencial con el carmelita P. Lorenzo van den Eerenbeemt, que permitió dar

vida a un pequeño Carmelo misionero en Santa Marinella, diócesis de Porto S. Rufina (Roma). A su muerte, acaecida el 4 de julio de 1957, la congregación por ella fundada a favor de la juventud pobre o menesterosa, estaba presente, además de en varias comunidades de Italia, en Brasil y en Malta. Rápidamente las Carmelitas Misioneras siguieron expandiéndose en otros continentes abriendo comunidades en Canadá, Tanzania, Filipinas y Rumanía. Fue beatificada el 13 de noviembre de 2005.

Oración a la Beata María Crocifissa:

Santísima Trinidad te damos gracias por los dones que has depositado en la Madre Crocifissa que en la contemplación de la Palabra y de la Eucaristía, se convirtió en misionera de los pobres y de los pequeños. Haz que siguiendo su ejemplo seamos más sensibles a las necesidades de los hermanos y concédenos por su intercesión la gracia que humildemente pedimos. Amen.

Evolución de la Iconografía del Carmen

Por: P. Ismael Martínez Carretero O.Carm.



La Bruna. Nápoles.

Cuando los carmelitas fueron arrojados de Tierra Santa por el Islam a mediados del siglo XIII, una de las cosas que en modo alguno podían abandonar, o tal vez lo único, era la sagrada imagen titular que desde el principio presidió la capilla de aquel primitivo cenobio de Monte Carmelo, titular que les dio el nombre y su propia identidad como familia religiosa: *Santa María de Monte Carmelo*. Ella fue constituida como la "Señora del lugar"; de ahí el título de aquellos monjes: *Orden de los Hermanos de Santa María del Monte Carmelo*. O simplemente *Carmelitas*, así conocidos hasta el día de hoy.

Una antiquísima tradición nos dice que aquella imagen primitiva que presidía el templo de que habla la Regla es la que hoy se venera en la basílica del Carmen de Nápoles bajo el nombre de *La Bruna*, coronada canónicamente en 1875. Se trata de una tabla de estilo bizantino, la clásica *odegetría*, con una estrella dorada sobre el

hombro derecho como la *Stella Maris*, faro, luz y guía de navegantes¹.

Existe, sin embargo, otra imagen de la "Madonna del Carmine" considerada también como la primitiva del Monte Carmelo, denominada *Ntra. Sra. de Trápani*. En este caso se trata de una hermosa escultura en alabastro, de mediano tamaño, que se venera en su basílica de la *Anunziata* en la ciudad siciliana de Trápani (de ahí el nombre), de escuela pisana, pero de factura oriental, tal vez de Chipre². Ambas imágenes son consideradas como las primitivas



Ntra. Sra. de Trápani.

1 Cf. ISMAEL MARTÍNEZ CARRETERO, O. Carm., *La Bruna* en «Escapulario del Carmen» 98 (2001), 29.

2 Cf. Idem, *Ntra. Sra. del Carmen de Trápani* en «Escapulario del Carmen» 99 (2002), 295.



Virgen de alabastro. Sevilla.

que los primeros carmelitas veneraron en su monasterio de Monte Carmelo y que se trajeron en su emigración hacia Occidente. Estas dos versiones de la "Virgen del Carmen" fueron objeto de una gran devoción por parte de los fieles en Europa. La primera se extendió mucho por Italia, Francia y Países Bajos, mientras que la *Madonna di Trápani* se propagó no sólo en Sicilia, sino de modo muy especial por España dada la vinculación de aquel territorio con la corona hispana.

Pero ambas efigies del Carmen estaban destinadas a desaparecer porque, a partir de los siglos XVI-XVII se impone la moda de vestir las imágenes y a los carmelitas no se les ocurre otra cosa sino revestir a su titular con el hábito propio de la Orden como su Madre y *Fundadora*; de ahí la capa blanca y el hábito *carmelita*, con el distintivo del santo escapulario entre sus manos, muy difundido por este tiempo a causa de la bula sabatina. Y así quedó configurada de una vez para siempre la popular imagen del Carmen que tanto Gregorio Fernández en Castilla como Murillo en Andalucía tan magistralmente supieron interpretar. Hoy, sin embargo, las imágenes del Carmen que más prevalecen son las de candelero, especialmente si son titulares de hermandades y cofradías.

Todo ello necesitó de un lento y largo proceso de adaptación a la vez que las primitivas se iban transformando o desapareciendo. Fue la de Trápani la imagen que prevaleció durante siglos en los conventos carmelitas españoles, algunas de las cuales se vistieron, como la famosa de alabastro de Sevilla, y prevaleció, pero muchas otras terminaron por ser desechadas, sustituyéndolas por las de candelero, mucho más moldeables y vistosas al gusto de la época. Un gran número de estas primitivas imágenes, labradas en frío mármol, aunque devotas, terminaron por ser retiradas del culto y perder su referencia carmelitana. Por su antigüedad y mérito artístico, muchas de estas imágenes se muestran hoy en los más prestigiosos museos del mundo como son los de Berlín, Madrid, el Louvre de París o Barcelona, a veces bajo otras denominaciones.

Son notables la conservada en el Museo Episcopal de Palma de Mallorca, procedente del Carmen, y la de Col. Gomis; otras tres más se exhiben en el Museo del Santuario de Lluç, según una acreditada autora, quien también hace referencia a las que se guardan en el Museo de Arte de Cataluña, y dos más del Museo Marés en Barcelona. Otros ejemplares se pueden ver en Llers, Sitges, Olot y en Vic, conocida ésta como de la *Bona Sort*. Con el tiempo, estas imágenes fueron perdiendo su referencia carmelitana.

Unas cuarenta imágenes cataloga la citada autora en este magnífico estudio, sin intención de ser exhaustiva. Es curioso el caso que nos cuenta de la Virgen de Trápani en Zaragoza, conocida bajo el nombre de *Ntra. Sra. del Rescate*, o *Virgen de Teana* en Villarreal (Castellón). También se venera otra devota imagen en la catedral de Orense bajo el título de *Ntra. Sra. la Blanca*. En el convento de las MM. Carboneras de Madrid hay otra conocida como *Ntra. Sra. de Trápana*, lo mismo que en las Mercedarias de Osuna. Hermosos ejemplares se admiran en la catedral de La Laguna en Canarias y en el Museo Arqueológico de León, y nada menos que cinco en Valladolid... Hasta en la abadía del Sacromonte de Granada se venera esta encantadora imágencita medieval.

De haber prevalecido tal iconografía estereotipada a semejanza del *Perpetuo Socorro* de los Redentoristas, o la de *Maria Auxiliadora* de los Salesianos, ¿hubiera sido la del Carmen tan popular como lo es hoy en todo el orbe católico? Posiblemente no.

Continuación de la Carta “ Os encomiendo mis Pobres y Enfermos”

Por la Ocasión de la Beatificación del P. Ángelo Paoli

Por: Fernando Millán Romeral O.Carm. Prior General

testimonio, por lo tanto, nos lleva a abrir los ojos del corazón, a escuchar las vibraciones de nuestro tiempo, y a responder generosa y solidariamente a las nuevas formas de pobreza y marginación que nuestra sociedad genera.

En las últimas décadas, la teología y la praxis pastoral de la Iglesia, han subrayado muchísimo la importancia del pobre, considerado incluso como “lugar teológico”. En una primera etapa, al pobre se le consideraba fundamental y casi exclusivamente como “pobre económico”, usando criterios meramente sociológicos o económicos. Posteriormente, las teologías de la liberación han ampliado gradualmente su concepción del pobre y han tomado conciencia de otras formas de pobreza, también sangrantes y dolorosas (pobreza de cultura, de afecto, de respeto, de dignidad, de horizontes, de salud...). Quizás, en nuestros días, el peligro consiste en desviarnos al extremo contrario, es decir, espiritualizar demasiado el concepto de pobre, olvidando que, si bien existen otras muchas formas de pobreza, la pobreza económica sigue siendo la más cruenta. La miseria material es, en muchos casos, el origen que genera todas las demás. Por ello, la pobreza económica suele ir acompañada de un terrible cortejo de sufrimientos, de carencias, de miserias...

El ejemplo del nuevo Beato nos lleva además a huir de una devoción sensiblera o sentimentalista de la cruz, que no se traduzca de forma espontánea en una actitud de servicio y respeto, de amor y sensibilidad, de compromiso responsable por los crucificados de nuestro tiempo. Una espiritualidad desencarnada y espiritualista que ignora sistemáticamente el sufrimiento de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, ni es verdadera espiritualidad cristiana, ni se corresponde con el carisma y la tradición carmelita.

Que el testimonio del nuevo Beato nos lleve a ser verdaderos adoradores y amigos de la cruz de Cristo, haciéndonos cada vez más sensibles a los sufrimientos de nuestros hermanos, más comprometidos con la transformación de nuestro mundo, más humanos y entrañables con todos.

3. Los pobres son los hermanos de Jesús

Como ya hemos indicado, el P. Angelo Paoli se caracterizó por atender con

solicitud y caridad a los necesitados de su época. La caridad y la asistencia a los pobres ha sido un rasgo esencial de la Iglesia desde sus orígenes, hasta tal punto que, muchas veces, la limosna, la caridad, la entrega generosa a los pobres y enfermos se han considerado los rasgos distintivos del cristianismo.

También en tiempos del P. Paoli, la Iglesia tenía multitud de entidades, asociaciones y personas dedicadas a la asistencia de los desamparados. El P. Angelo destacó heroicamente en este servicio, al que se entregó con todas sus fuerzas. Pero, quizás, hay ciertos rasgos de su trabajo que suponían una novedad, o que, al menos, definen la peculiaridad de su perfil biográfico. Señalaremos solamente algunos.

En primer lugar, el P. Angelo se dedicó a los pobres con verdadera pasión. Aunque trabajó en muchos otros servicios conventuales y apostólicos -como hemos señalado más arriba-, la asistencia a los necesitados fue el que realmente le entusiasmó. Quizás, en la raíz de esa pasión, se encuentra el hecho de su espiritualidad honda y recia. Paoli fue un hombre de oración profunda, continua, un fraile de una piedad constante y auténtica, un místico que buscaba el silencio y la mortificación. Paoli no se acerca a los pobres como un político, ni como un ideólogo, ni como un filántropo; los pobres para él no son una metáfora, ni el tema de un discurso, ni cifras de una estadística. Se acerca a los pobres como un contemplativo que ve en ellos a Cristo mismo, al Cristo sufriente, pobre y crucificado por el que sentía tanta devoción. De ahí su célebre frase que solía repetir con humildad: *"Quien ama a Dios debe buscarlo entre los pobres"*.

Esta actitud espiritual de nuestro fraile se tradujo inmediatamente en otras actitudes que adornaron su perfil espiritual: la alegría que mantuvo, incluso en los momentos más difíciles, y que intentó transmitir y contagiar a los enfermos y mendigos; la plena confianza en Dios; la ternura y el aprecio con el que trataba a los necesitados, para que nunca se sintieran humillados en su triste condición... Ellos son -y de nuevo se trata de palabras textuales del nuevo Beato- *"los hermanos de Jesús"* y, hay que tratarles *"considerándoles como a la misma persona de Jesús"*. Y, porque ponía toda su confianza en Dios, a pesar del aparente activismo que le desbordaba, nunca perdía la calma ni la sonrisa y solía repetir: *"Io ho una dispensa dove non manca mai nulla..."* ("Tengo una despesa en la que nunca falta nada"). Y así,

milagrosamente, seguía acogiendo de forma incansable a cuantos llamaban a su puerta pidiendo ayuda.

Para llevar adelante esta tarea, el P. Angelo supo acudir a los poderosos de su tiempo. Es bien sabido que el pobre fraile, a quien algún prior tuvo que regañar seriamente para que vistiera un nuevo hábito, y que fue amigo de los más menesterosos y desarraigados de aquella Roma barroca, tuvo también muchas y buenas amistades entre los más poderosos de su tiempo. Nobles, altos dignatarios, embajadores y cardenales llamaban a la puerta del fraile carmelita para pedirle consejo o para ofrecerle ayuda en su labor caritativa. Aunque en más de una ocasión dijo que la relación con los nobles y ricos era *su mayor cruz*, supo -como las personas verdaderamente grandes- tratar a todos con la misma dignidad, respeto y afecto: sin afectación servil hacia los ricos, sin altivez ni despecho hacia los más pobres. Angelo Paoli supo también descubrir la pobreza que a veces se esconde tras la riqueza económica.

Una vez más su ejemplo es aleccionador para nosotros hoy, llamados, como carmelitas del siglo XXI, a detectar esas formas de pobreza no sólo en los países del mal llamado "tercer mundo", sino también en las sociedades occidentales, en las que hay una amplia presencia carmelita y en las que, tras un relativo bienestar económico, se esconden también pobreza lacerantes de diverso tipo.

El Venerable mantuvo siempre la misma actitud humilde, sobria, digna, franca y amable, tanto con los más pobres y miserables de la ciudad, como con los ricos y nobles. Más aún, sin juzgarles, se granjeó su respeto y supo ganarlos para la causa de los pobres, implicándolos en proyectos sociales, y llamándolos -de forma verdaderamente profética-, suavemente, a la conversión y a la caridad, en medio de aquel mundo de lujos y boatos que contrastaban escandalosamente con la miseria de los pobres.

Tuvo también amistad con varios Papas, sobre todo con Clemente XI, quien sintió mucho la muerte de Paoli, a quien en su enfermedad mandó su propio médico personal. Sería este Papa el que insistiría en que se grabase en su tumba la inscripción "padre de los pobres", apelativo que se le había aplicado desde su juventud.

4. El servicio integral al pobre

Un último rasgo de la personalidad del nuevo Beato, en lo que a la asistencia a los pobres se refiere, llama poderosamente la atención por la actualidad que supone. El P. Angelo intuyó, ya a principios del siglo XVIII, que la atención a los necesitados debía ser integral y no limitarse solamente al asistencialismo o a cubrir las necesidades más básicas. Cuando nuestro fraile se acerca a los pobres no solamente les lleva la comida, el vestido, las cosas más básicas para la supervivencia, sino que lo acompaña de la formación catequética, y de lo que hoy llamaríamos una atención psicológica, sobre todo con los enfermos, a los que el P. Angelo lleva música, teatrillos improvisados y, en definitiva, alegría y esperanza.

Quizás convendría enmarcar aquí su reputación de taumaturgo. De hecho, de los procesos se desprende que no cabe duda de que gozó de esa fama (no solamente no buscada, sino incluso escondida voluntariamente por el mismo P. Paoli durante su vida). Es en este campo donde más cuidadosos debemos ser con la hagiografía barroca. Más que centrarnos en la historicidad de tal o cual detalle de su biografía, su testimonio nos estimula a asumir nosotros también, carmelitas del siglo XXI, el sentido de su faceta taumatúrgica: ayudar a los enfermos, curar heridas, sanar situaciones hirientes, enjugar lágrimas, paliar pobreza y miserias, abrir ventanas a nuevos horizontes, en definitiva, hacer pequeños milagros con la gracia de Dios...

Otros muchos aspectos podrían destacarse en este sentido en el perfil espiritual del nuevo Beato. Solamente mencionaremos su austeridad y su coherencia de vida (basta ver la reproducción de su celda en *San Martino ai Monti*); la prudencia y la sensatez de las que hizo gala en las situaciones más difíciles; su interés en formar a los jóvenes carmelitas también en esta sensibilidad hacia los pobres (lo que constituye, sin duda, todo un desafío -ya recogido en diversos números de nuestra *Ratio Institutionis Vitae Carmelitanae*- para nuestros procesos formativos); su perseverancia y constancia en este servicio a los pobres, sin caer en el desánimo ni en el cansancio, incluso en los momentos de incomprensión y de crítica (un verdadero "aviso para navegantes", para los amantes de la "solidaridad de fin de semana", muy en boga hoy en día); el hecho de que supiera conjugar (adelantándose varios siglos a

la sensibilidad actual de la Iglesia) la caridad y la asistencia con un hondo sentido de la justicia.

Ojalá que la Orden del Carmen mantenga esa misma actitud de confianza ciega en la providencia y de entusiasmo en el servicio creativo a los pobres de este mundo. Ojalá que nuestra despensa siga llena de fe, de esperanza y de caridad. Ojalá que no decaiga nunca nuestro compromiso solidario, nuestra caridad y nuestra compasión ante toda forma de sufrimiento humano.

5. El Carmelita

El P. Angelo vivió también con intensidad su vocación carmelitana. De hecho, fue una vocación bien meditada y discernida, ya que entró en el convento tras haber recibido la tonsura con anterioridad y tras plantearse otras posibles formas de vida religiosa. Según los biógrafos, pudo ser la devoción mariana la que le orientó hacia el Carmelo, la Orden de María. Desde muy joven vivió esa profunda devoción mariana. Sabemos que solía visitar las ermitas de la Virgen de los campos cercanos a su pueblo y pasar allí largos ratos de oración.

Posteriormente supo vivir y expresar esa devoción con la especificidad del Carmelo, especialmente con el escapulario del Carmen. En los ratos libres él mismo hacía escapularios que llegaron a ser "famosos". Queda constancia de que, cuando fundó el hospital de convalecientes en Roma, el notario y los empleados que le ajustaban los contratos, se niegan a cobrarle en dinero y sólo le pidieron escapularios confeccionados por él mismo. El P. Paoli intuyó la fuerza de este sencillo signo tan querido y tan entrañable para la familia carmelita.

Como correspondía a la piedad carmelitana de aquella época, el P. Angelo vivió con celo la vida conventual y los signos que servían para expresar el amor a la Orden, a su espiritualidad y a sus tradiciones. Amante de su hábito (signo para él de pobreza y no de distinción), fiel cumplidor de la observancia religiosa, a pesar de sus múltiples ocupaciones, obediente a los superiores, fraterno y cercano a los hermanos de comunidad... el P. Angelo fue un carmelita ejemplar, un hombre que encontró en su vocación carmelita, no un impedimento ni un lastre, sino un acicate y una fuente

de inspiración para su labor social con los pobres.

Su biografía resulta (incluso descargada de exageraciones hagiográficas barocas) realmente excepcional y aleccionadora. En más de una ocasión han sido puestas de manifiesto ciertas semejanzas con el perfil y la biografía de San Felipe Neri. Resulta verdaderamente conmovedora la escena de las últimas horas del P. Angelo. El agonizante, rodeado de sus hermanos de comunidad, plenamente consciente, y asumiendo su muerte con verdadero espíritu de fe y de piedad. Fuera, en la pequeña plaza delante del convento, se dan cita pobres, mendigos, harapientos, necesitados, enfermos... para dar el último adiós a quien había sido un verdadero padre en esta tierra para ellos. Se moría "*fratel carità*" o el "padre de los pobres" como le habían llamado desde su juventud.

Moriría, pero dejaba un maravilloso testimonio, precisamente en la ciudad de los mártires que cantaron los poetas cristianos (*purpurata pretioso sanguine*). El testimonio de los antiguos mártires siempre apasionó al P. Angelo, desde su llegada a Roma; y ahora moría también él como un "mártir", como un testigo, como un profeta de esperanza, como un verdadero signo de la ternura de Dios para con los últimos de esta tierra.

Su voz parece resonar con fuerza hoy para nosotros, como lo hizo (entonces trémula y fatigada) en aquella entrañable conversación final con su amigo el Príncipe Girolamo Altieri, cuando éste le pide que interceda por su familia ante el Señor... y el P. Angelo, moribundo, le responde con una tremenda humanidad y algo de sentido del humor: "... y yo le encomiendo a usted a mis pobres y a mis convalecientes". Que sus palabras (que adaptamos como título de esta carta) se escuchen con emoción y atención en toda la Orden y en la familia carmelita: "Os encomiendo a mis pobres y a mis convalecientes". Si somos fieles a este mensaje, su beatificación, será sin duda un momento fecundo de reflexión, de ánimo, de impulso en el servicio a los pobres de nuestro tiempo.

Que el Beato Angelo Paoli nos siga acompañando en nuestra tarea por los más

necesitados. Que sepamos aprender de él y de su actitud hacia los más pobres. Que Nuestra Madre del Carmen, estrella del mar, nos ilumine y nos guíe a la hora de llevar adelante ese reto maravilloso.

Fernando Millán Romeral, O.Carm.
Prior General

Primer Oratorio del Carmelo



"Las personas que servían a la Santísima Virgen en aquella capilla podían llamarse de una manera del todo razonable, hermanos o ministros de la Bienaventurada Virgen. Porque de la Iglesia cual son ministros toman título los religiosos...y, por consiguiente, desde el primer momento que nosotros podemos recodar, todas nuestras iglesias fueron edificadas y consagradas en honor a la Bienaventurada Virgen por nuestros predecesores".

Fray Juan de Hildesheim +1375

Secretario de San Pedro Tomas



Un San Elías de la escuela castellana

Por: P. Ismael Martínez Carretero O.Carm.



Siempre que de alguna forma se pretende justificar el gran despojo de que fue objeto la Iglesia en el siglo XIX mediante la nefasta ley de la Desamortización, se dice que el objetivo principal era hacer llegar «al pueblo» las obras de arte que permanecían ocultas en los templos y claustros conventuales, sacándolas a la luz pública en los museos y ser contempladas como patrimonio común de todos los españoles. Pero la realidad fue que, aparte de haberse

perdido gran parte de aquel inmenso patrimonio artístico y cultural, apenas si en nuestras actuales pinacotecas, tanto nacionales como provinciales, se expone una mínima parte de aquel inmenso tesoro.

Y alguna que otra vez diversas exposiciones nos guardan ciertas sorpresas porque eventualmente salen a la luz obras maestras nunca expuestas por carecer de un sitio permanente; es lo que sucedió en Valladolid entre 2001 y 2002 cuando, de los fondos de pintura del Museo Nacional de

Escultura integrada nada menos que de 1.300 cuadros, se hizo una exposición de las 34 obras más representativas de la escuela castellana entre las cuales se encontraba un excelente San Elías, procedente del desaparecido convento de Santa Ana de Medina del Campo, lugar donde ingresó como carmelita San Juan de la Cruz. El cuadro expuesto formaba parte de un retablo dedicado al Profeta y del que aún se conserva otro lienzo sobre el Rapto de Elías, catalogado con el n° 1.290 y guardado en los almacenes del museo al que pertenece.

A juicio de Miguel Ángel Marcos Villán, el autor de la obra es Felipe Gil de Mena (1603-1673), uno de los más destacados pintores vallisoletanos de la primera mitad del siglo XVII, discípulo en Madrid de Juan van der Hamen, de quien tomaría el gusto por las naturalezas muertas de las que existen detalles en el mismo cuadro que estudiamos como son la copa de cristal, el cesto del pan que porta el ángel, el brillo metálico de la flamigera espada y el minucioso arbusto que cobija la figura del profeta. (*Catálogo*, 76-78).

La escena bíblica que el autor representa corresponde sin duda al programa iconográfico que sobre la vida de Elías se quiso poner de relieve en el desaparecido retablo. Se trata de un dramático momento que vivió el profeta (1Re 19, 1-8), una auténtica *Noche Oscura* que luego el propio Juan de la Cruz reviviría en propia carne y que magistralmente expondría en su obra del mismo nombre. Un «episodio sorprendente», dice el Cardenal Martini en el excelente comentario que de este pasaje hace en «El Dios viviente»: «En el momento de su mayor abatimiento, de su más grande humillación, Elías reencuentra el sentido profundo de su *estar ante el Señor*, es reconfortado por un ángel mancebo quien, en nombre de Dios, le anima a proseguir su camino hacia el Horeb, el Monte de Dios; el pan y el agua, símbolo de la eucaristía, constituyen el alimento material y espiritual con cuya



fuerza el hombre de fe sigue caminando en la prosecución de su particular destino.

Contrasta la elegante y sedosa vestidura angélica, dalmática incluida, con el severo hábito carmelita cuya textura de lana cruda, sin teñir, se palpa con la vista hasta en su misma aspereza; sin duda es de corte similar, si no idéntico, al que entonces usaban los frailes del Carmen en Medina del Campo, el «pañó» del que hablaba Santa Teresa. El ángel, a juicio del citado comentarista, el autor «reproduce de forma casi literal el San Gabriel de la Anunciación» de la igle-

sia de Santa María de Tor-desillas. Lástima desconocer el *Rapto de Elías* de este mismo autor, de igual forma que el resto de los cuadros desaparecidos que formaban parte del retablo del antiguo convento carmelita. De este mismo cenobio era el retablo que hoy figura en el Santuario Nacional al Sagrado Corazón de Jesús en Valladolid, según nos informa el P. Balbino Velasco. Despojados todos de la desaprovechada Desamortización.

María y el Carmelita

Del Beato Tito Brandsma

Es característica de la vocación carmelitana —y en el sentido más amplio de la vocación cristiana— ser otros «padres» de Dios... En la cima del Carmelo, el Profeta, después de haber orado siete veces, vio la nubecilla, portadora de la lluvia que habría de fecundar la tierra reseca. No importa dar una explicación auténtica de este visión. Yo también sé que muchos comentaristas de la sagrada Escritura han visto en esta nube el prototipo de la Virgen que lleva en sus entrañas al Redentor.

En la orden, esta visión de Elías ha sido vista siempre como un prototipo del misterio de la encarnación y como una anticipada veneración de la Madre de Dios. Y según la tradición del Carmelo, fue por esta fe por la que se construyó el antiguo santuario dedicado a la Virgen en la montaña, en medio de las habitaciones de los ermitaños.

«Hermanos de la Virgen María del Carmelo.» La devoción a María estuvo íntimamente unida a su institución, y el nombre con el que la gente de los alrededores los llamaban a causa de este oratorio, dejó una impronta indeleble en los antiguos cruzados, que habían depuesto las espadas en el altar de María, como Caballeros de la Señora.

Aun siendo sublime, María es la que es: deudora, como nosotros, de la gracia y de la bondad divina. Es evidente que a ella la gracia le estuvo reservada por especial disposición de Dios; pero ella le correspondió sin reserva alguna. Por su parte, se dejó dominar totalmente. María abrió a Dios su corazón. Admiró el don total y se entregó totalmente a él.

Debemos ser unos con Cristo. Tenemos que acoger a Cristo en nuestros corazones, que a menudo, con demasiada frecuencia, se abren con dificultad a su visita. María, al contrario, se entregó completamente a Dios desde sus primeros años. Desde la subida al templo, toda su vida no fue otra cosa que un continuo servicio, una oferta constante a él, y, por eso, su corazón siempre permaneció abierto a él.

De María tenemos que aprender a alejar del corazón cuanto no pertenece a Dios y cómo abrirlo, para que sea llenado de su gracia. Entonces Jesús entrará en nuestro interior, crecerá en nosotros, nacerá de nuevo de nosotros, se hará visible en nuestras acciones y vivirá en nuestra vida. Estamos demasiado poco llenos de Dios: demasiado poco vivimos nuestra vida. Con María, llenos como ella de la gracia de Dios, debemos vivir la vida de Dios y buscar nuestra gloria y nuestra salvación en la unión con él, Niño...

Pensemos, sobre todo, en María. Es nuestra vocación. Como ella, también nosotros debemos llegar a ser *theotókal*, portadores y heraldos de Dios. He aquí el fin de nuestra devoción a María: tenemos que ser otra Madre de Dios. Dios ha de ser concebido también en nosotros, dado a luz también por nosotros. El misterio de la encarnación nos ha hecho ver la extraordinaria importancia del hombre para Dios, cómo Dios quiere unirse íntimamente al hombre.

No debemos pensar en la imitación sin pensar en la unión, ni en la unión sin hacerlo en la imitación. Las dos fluyen una de la otra, pero unas veces prevalece una, otras y subrayada, la otra. Más bien debemos ver fusionadas las dos orientaciones juntas en un todo armónico. Si queremos conformarnos a María para gozar plenamente del trato con Dios, según su ejemplo, naturalmente se necesita ser otras Marías. Debemos dejar que María viva en nosotros. María no debe estar fuera del carmelita, sino que es preciso que éste viva una vida similar a la de María, que viva con, en, mediante y por María.

Tomado de:

La Fértil Montaña

p.p. 381-382





A ti oh Elías nuestro Padre, clamamos, a ti que eres carro y auriga de Israel. Te pedimos que nos des fidelidad a nuestro carisma, danos la gracia de ser contemplativos en un mundo cambiante como el nuestro. Elías danos parte de tu espíritu como lo hiciste con Eliseo para que con tu espíritu podamos llevar el mensaje del Evangelio en medio de nuestras familias y trabajo. Que con tu ayuda y la de María podamos ser Terciarios Carmelitas que difundamos el olor de nuestro Carmelo en medio de la Iglesia para mayor gloria de Dios. Amen

*Venerable Orden Tercera de los Hermanos
de la Bienaventurada Virgen María
del Monte Carmelo
— Consejo Nacional —*

Santa Teresita
Calle Loíza 2059
Santurce, Puerto Rico 0911


